MIGUEL DE ZÁRRAGA

LA MORAL DE LO INMORAL

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908.

.A MORAL DE LO INMORAL

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MIGUEL DE ZÁRRAGA

ESTRENADA EN EL TEATRO DE LOS
MPOS ELISEOS DE BILBAO, EL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1908

1908.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
FARO DE VIGO

Al eminente actor

Juan Balaguer

mo humilde testimonio de la
riñosa amistad y de la entu-
ástica admiración de su agra-
cidìsimo

Miguel de Zárraga

GO—Septiembre de 1908.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MERCEDES (25 años)	Srta. Catalá.
MARTA (26 id.)	Abad
BEATRIZ (42 id)	Sra. Estrada.
LOLA (24 id.)	Srta. Burillo.
PAPÁ GONZALO (55 id.)	Sr. Balaguer.
PEPE CALATRAVA (30 id.)	Torner.
PACO (27 id.)	Navas.

En Madrid y en nuestros dias

Derecha é izquierda, las del actor.



ACTO ÚNICO

Comedorcito elegante, en la casa de Marta y Paco.—Es de día: por la mañana.

ESCENA PRIMERA

MARTA y PACO

MARTA (*Ligeramente nerviosa, contrastando su acometedora vivacidad con la beatífica mansedumbre de su marido.*) Esto no puede seguir así. No, no, y no.

PACO (*Levantando su tono, reposado siempre, hasta el de ella que lo alzó en demasía.*) Sí!, ¡sí!, ¡sí!

MARTA Dices que sí?

PACO Que sí; que tienes sobrada razón en cuanto dices.

MARTA Pues es menester que te decidas y le hables clarito. ¿Nos hemos casado para esto?

PACO Para esto, precisamente, no.

MARTA A tí te parece bien que tomen nuestra casa por asalto, de día, de noche, y hasta de madrugada?

PACO Qué ha de parecerme bien! Tus quejas son atinadísimas. Pero... ¿qué quieres que yo les haga?

MARTA Tú? Lo que no debo de hacer yo. Convencerles de que dos recien casados necesitan, por lo menos, que no se les moleste.

PACO Y algo más. Conformes. Pero se trata de mis padres.

MARTA Que también fueron recien casados, y no lo debían de olvidar.

PACO No, si de que ellos lo fueron se acuerdan, seguramente... Lo que no les cabe en la cabeza, aunque les tuvimos por padrinos en nuestra boda, es que tú y yo podamos estar casados.

MARTA Para ellos seguimos siendo unos chiquillos que juegan al matrimonio.

PACO Cosa de juego es!

MARTA Y no se separan de nosotros, como si temieran que nos perdiésemos...

PACO A buena hora.

MARTA Pero, no; no es eso. Es—perdóname que te lo recuerde—que tu padre nació vago, y todo lo espera de su ingenio... De su ingenio para vivir á costa de los demás; y tu madre, una santa, que sin ocuparse de lo mundano, ni aún de sus hijos, todo lo fía en la Corte Celestial... ¡como si la Corte Celestial repartiera destinos, ó influyese para que tocase á determinado individuo el premio gordo de la Lotería!...

PACO Pues, aunque lo tomemos á broma, el mes pasado le tocaron treinta duros á ella y cinco á San Antonio, con quien jugaba.

MARTA Algo irreverente me parece eso de jugar con los santos.

PACO Es para que les toque.

MARTA O para que se pierda. Y lo cierto es que el dinero que tu madre se gasta en misas ó en novenas, más falta le hace á ella que á la iglesia.

PACO Ya ves cómo se sacrifica.

MARTA En perjuicio de sus hijos; pero eso no la importa.

PACO Cuenta con nosotros.

MARTA Pues mira, Dios no la perdonará, por mucho que le rece, lo que está haciendo con nosotros.

PACO Calla, calla; dices unas cosas... Como tú no piensan, ni menos hablan, las demás mujeres. Tú, ¡siempre en hombre!

MARTA Quizá; pero el cura que nos casó, equivo-

cándose, sin duda, me tomó á mí por la mujer, á y tí por el novio.

ACO Puedes quejarte de mí.

ARTA Me quejo de tu caracter apocado, que no te permite ni decir á tu padre, con todos los respetos debidos, que nos deje en paz, y se instale de nuevo en su casa, pero no en esta, que tomó por la suya. Es admirable. Abogado, como lo es todo español de carrera, mientras no demuestre lo contrario, y sin pleitos... agenos, porque propios los tiene á montones, solo piensa en divertirse gracias á la imbecilidad de sus amigos, que creen en su talento porque sabe decir á tiempo cuatro chistes, que siempre son los mismos.

ACO Tú qué sabes.

ARTA Lo que sé es que, como tu madre se acuesta á las nueve, para no molestarla, según él, se viene desde el Casino á dormir con nosotros.

ÁCO Dí á nuestra casa: está más claro.

ARTA Y tú sabes cuándo viene y cómo viene.

ACO Estoy siempre en el primer sueño: no le oigo. Dice que temprano.

ARTA No puede ser más temprano: al amanecer. (Suena, dentro, durante largo rato, un timbre.) ¿Oyes? Ya se digna despertarse. Las doce. (Cruza Lola la escena, con dirección á la alcoba de Papá Gonzalo, habitación que se supone á la izquierda, primer término.) Toca, hijo, toca...

ACO No le habreis llevado aun el chocolate.

ARTA Se le llevó á las nueve. Y esa es otra gracia: el chocolate á la cama.

ESCENA II

DICHOS y LOLA, que vuelve

ARTA Qué le pasa al señor?

OLA Que no puede levantarse mientras la planchadora no le traiga la camisa que se llevó

anoche. Como nuevas no tiene más que dos, y se muda todos los días...

PACO — El pobre no puede ser más limpio.

MARTA — Ni más económico. No se gasta ni un céntimo en lavandera, porque la tiene en casa, ni en planchadora porque la pagamos nosotros...

PACO — Peor sería que no la pagásemos.

MARTA — Para la planchadora, sí.

LOLA — Y el señor dice que le lleve una.

PACO — Una planchadora?

LOLA — Una camisa.

MARTA — Del señorito, verdad?

LOLA — Eso me dijo; que si de él no tenemos...

MARTA — Dale la puesta, no seas tonto.

PACO — Mujer!

MARTA — Algún día se la has de dar. Y lo que és su suerte: tiene el mismo número que tú.

PACO — No será de camisas.—Anda, sácale una.

MARTA — Lástima que sean todas nuevas!

PACO — Preferirías que fuesen todas viejas?

MARTA — Las que prestas, sí. (Sale con Lola por el foro.)

ESCENA III

PACO y PAPÁ GONZALO

GONZ. — (Por la izquierda, primer término.—De americana pero en camiseta. Las botas muy limpias.) Pero, hombre, ¡que todo han de ser dificultades para mí!... Yo, sacrificándome siempre por unos y por otros, y estos y aquellos sin hacerme caso... ¿Cómo has descansado?

PACO — Bien; y tú, Papá?

GONZ. — Mejor que tú. Pero has debido preguntármelo antes.

PACO — Como era de suponer...

GONZ. — Lo que no es de suponer... ¿te lo digo?... es lo que yo estoy maquinando por vosotros; por tí, especialmente. ¡Si tú fueras capaz de comprenderme!... Toda la noche la he

pasado en vela. ¡Lo que yo pensé! Dentro de muy pocos años, no habrá más que ricos. ¡Se acabaron los pobres!

PACO Mala solución. Si no hay pobres, ¿quién trabajará para los ricos?

GONZ. Bueno, en general, habrá, como hasta ahora, de todo. Habrá gente muy rica: ¡nosotros! Habrá, claro es, otras gentes menos ricas: los millonarios, los banqueros, los que hoy *me pueden*... Y habrá pobres, aunque ya muy pocos, «los profesionales», porque ahora son muchos, y yo no habré tenido tiempo de hacerles ricos todavía.

PACO Pero, ya te has vuelto loco?

GONZ. En serio: voy á explotar un prodigioso invento.

PACO Bah, tantos quisiste explotar...

GONZ. Poco á poco. Ahora no se trata de los primeros fonógrafos, ni de las primeras cámaras oscuras, ni de las primeras bicicletas... No trabajaré en comisión por nadie. El invento es ¡mío!, exclusivamente mío... Bueno, mío... y de un amigo, mío también, que me dió la idea; pero el invento lo apadrino yo. Imagínate: (Entusiasmándose por momentos.) Un Banco de Préstamos... en el que por un duro te han de dar dos; por dos, cuatro; por cuatro...—Bueno, la dificultad está únicamente en encontrar el primer duro. ¿Tú crees que habrá quedado alguno?

PACO Siempre de broma!

GONZ. Broma? Tú verás. Y pobre del que no amortice la deuda que contraiga con mi Caja. Se la cerraré.

PACO Le tendrá sin cuidado: tu caja está vacía.

GONZ. En espera del primer duro. Mira. En mi despacho tendré dos ventanillas: una para mí, para recibir las peticiones de dinero, y, al mismo tiempo, el dinero... Otra, para tí, para pagar á cada peticionario, ¡el doble!

PACO Pues no veo el negocio.

GONZ. Negocio? Negocio—ya lo dijo un pensador insigne—es el dinero de los demás.—Por cada tres solicitudes que yo reciba al día, tú, durante las improrrogables horas de oficina, no tendrás tiempo para despachar más que una, por turno riguroso, y, naturalmente, con documentación amplia, minuciosa, difícil...—¿Vas comprendiendo?

PACO Sí, que se tardará mucho menos tiempo en cobrar á los clientes que en pagarles.

GONZ. Claro! Un ejemplo: ¿Entran en diversas solicitudes, noventa duros? Yo los cobro, tú pagas sesenta, y me quedan treinta. Y al dia siguiente, siempre por turno, continuamos abonando solicitudes. Todo está en ir pagando una por cada tres, al día. ¿Qué te parece?

PACO Que yo no sirvo para ese negocio, y que tú, si lo llevaras á efecto, la noche en que menos lo esperases no dormirías aquí.

ESCENA IV

DICHOS y MARTA

MARTA (Trayéndosela á Papá Gonzalo.) Aquí está la camisa. Sin estrenar. No había otra...

GONZ. Buenos días, hijita. ¿Cómo has descansado?

MARTA Bien, ¿y usted?

GONZ. Pensando en la planchadora. ¿Sabes tú dónde vive? Me tiene contento. ¡Como yo me la encuentre!...

PACO No querrá ella.

GONZ. Pues no tendrá queja de mí. No habrá muchos que la den tanto trabajo. ¡Si casi vive de lo que me plancha!...

MARTA Quedó en venir á las diez.

GONZ. Y ya sonaron las doce... Hombre estoy por irme á quitarla la camisa...

PACO Papá!...

MARTA Aquí tiene usted una de Paco.

GONZ. Muchas gracias, hijita. ¿Ves? Una camisa nueva, ó recien planchada, y unas botas bien limpias—las mías me las limpio yo—*hacen* nuevos los trajes. Con estos pantalones, sacándoles la raya todos los días, y el gabán de moda, que seguramente me regalareis el día de mi santo, ¡vais á ver distinción! Solo me falta un sombrero. ¿No os sobra alguno?

PACO De esta, acaso.

GONZ. Tuyo. Tenemos la misma cabeza...

MARTA La misma no, Papá; la de usted es mucho mayor.

GONZ. Sí, tal vez. Por eso me caben tantas cosas en ella. Es una lástima. Voy á vestirme.—Ah, os advierto que se acabó el cosmético. Si habeis de seguir usándole, ya podeis comprar otro... (Sale.)

ESCENA V

DICHOS, y en seguida BEATRIZ

MARTA Pero ves, hombre, ves?... Te quedaste sin cosmético.

PACO Bueno, mujer, compraremos otro.

MARTA Ah, tú crees que se puede comprar mucho cosmético con tres mil pesetas?

PACO Seis mil barras próximamente. (Suena, dentro, el timbre de la puerta de entrada, distinto del de las habitaciones.)

MARTA Y comeríamos cosmético, y vestiríamos los trajes que le sobrasen á tu padre. Eres también tú un derrochador... Pues, desde mañana, cuando querais sacar brillo á la cabeza lo haceis con una plancha.

BEAT. (Por el foro.—Muy sofocada.—Viste muy modestamente, de negro, con mantilla. Trae rosario y devocionario, como si viniese de la iglesia.) Ay, hijos míos, ya os podeis mudar de casa ó pedir que pongan á ésta un ascensor. No sé cómo se os ocurrió veniros á un tercer piso con principal.

PACO — Cosas del ministro. Se empeñó en no hacerme subsecretario...

BEAT. — Ni te ascenderá.

PACO — De piso, es probable que sí. Quiere hacer economías en el presupuesto.

BEAT. — No lo permita Dios. Solo eso nos faltaba. Ay, no vive una más que para recibir disgustos. ¿A que no os suponeis con quien me acabo de encontrar?

PACO — Con algun *inglés*.

MARTA — Con el carnicero.

BEAT. — Con Mercedes! Vengo avergonzada.

MARTA — Por Mercedes? ¡Pobre Mercedes!

BEAT. — Pobre? ¿Te atreves á compadecerla? Menudo sofocón he pasado viéndola.

PACO — Hablaste con ella?

BEAT. — Hablarla yo? ¿Hablar yo á esa... desgraciada?

MARTA — Por eso, precisamente; por ser desgraciada.

BEAT. — No la defendais, no la defendais... Esa no tiene perdón de Dios.

MARTA — Lo tuvo la Magdalena. Si no se perdonase á los que pecaron, ¡qué vacío se encontraría el cielo!

BEAT. — Se perdona á los arrepentidos.

MARTA — Mercedes lo está.

BEAT. — Qué ha de estar!

PACO — En las Arrepentidas, no.

MARTA — Ni es preciso estar allí para arrepentirse.

PACO — Ni después.

BEAT. — A vosotros os pareció bien lo que hizo? ¡abandonar nuestra casa, la casa de sus tíos, sus únicos parientes!...

MARTA — Era libre: tenía derecho á la libertad.

BEAT. — Era honrada: tenía el deber de serlo.

MARTA — Bah, hablar de deberes á una mujer enamorada!... Inutil. Cometió una locura: conformes. Pero á los locos no les culpemos de su mal.

BEAT. — Vive en la casa de un hombre solo.

PACO — Si es de un hombre *solo*, el pecado es más disculpable.

BEAT. Por qué no se casaron?

MARTA No querría él. Nosotras siempre queremos. Y si á Mercedes la engañó Pepe Calatrava, ¿por qué no le culpais á él?

BEAT. Para las faltas del hombre siempre habrá alguna disculpa.

PACO Eso pensaría ella.

BEAT. Bueno, callad, callad; no quiero condenarme renegando hasta del momento en que recogí á aquella criatura—¡desagradecida!, ¡ingrata!—y la adopté por hija. ¡Vaya un pago que nos dió! La vergüenza en todas partes. Hasta los periódicos se ocuparon de ellos... ¡Jesús, Jesús, Jesús! No quiero acordarme. Por donde quiera que paso veo sonrisas maliciosas, como si cuantos me encuentran quisieran decirme: «No te eches el velo... Te conocemos... ¡Tú eres la tía!»...

ESCENA VI

DICHOS y PAPÁ GONZALO

GONZ. (Vestido ya.) Lo que tú eres... es una mujer amantísima de su esposo, al que supongo habrás comprado una magnífica corbata con las tres pesetas que le pedirías á tu hermano.. —Pero, dime antes. ¿y nuestra gente menuda, los «menudillos», como yo les llamo, cómo les dejaste?

BEAT. Ahora te acuerdas de ellos? Tres días hace que no te ven.

GONZ. No quiero ir sin llevarles algo. A ver si hoy... Conque, enseña, enséñame esa corbata de tres pesetas...

BEAT. No hay corbata. Con las tres pesetas compré unas bulas para comer carne.

GONZ. Hombre! Una gran idea: comeremos carne. ¡Mira tú que no habérsenos ocurrido antes!... ¿Quién por tres pesetas, aunque sean prestadas, no come carne todo el año? ¡Gracias á Dios que se nos va á amenizar el *menú*!

BEAT. No desatines, hereje, no desatines...—Y tú, Martita, hija mía, á ver si me das un poco de azúcar para el café: se nos ha acabado, y á estas alturas...

MARTA (Dirigiéndose con Beatriz al aparador.) Azúcar? Tome usted.

BEAT. No tanta; no tanta... Oye. Y un poquito de café... para el azúcar. ¡Es este tan caprichoso!..

MARTA El azúcar?

BEAT. Gonzalo.

GONZ. Qué.

BEAT. No es á tí.

PACO Habla con los ultramarinos.

BEAT. Ah, se me olvidaba: ¿cómo *andamos* de sopa de pasta?

MARTA Usted me parece que mal: ya va quedando poca. Y nosotros aun no la probamos...

BEAT. Pues no sabeis lo que os perdisteis.

MARTA Sí lo sabemos.

BEAT. Vaya, no quiero molestarte más. (Recogiendo los correspondientes paquetes de azúcar, chocolate y sopa.) Garbanzos?... Todavía tengo para acabar la semana. Tengo también lentejas, judías... y más judías...—Ay, hija, qué tiempos éstos!

GONZ. Y qué cocidos!

BEAT. Tú puedes quejarte: la mayor parte de las comidas no las haces en casa...

GONZ. Porque se empeñan en convidarme.—Hoy... hoy no sé.-Aquí, aunque sea domingo, coméis á las dos y media, como si se saliera de la oficina media hora antes... ¡Hombre! Otra idea: te dejo en casa con los chicos, y me voy á felicitar al *golfo* de Tabladillo. Me parece que hoy es su santo... (Consultando con un almanaque de bolsillo.) Sí, sí: San Narciso, obispo y mártir...

MARTA Pero se trata usted con *golfos*?

GONZ. Este es socio del Nuevo Club.

BEAT. Mientras no sean más que *golfos*,... atrácate, atrácate...

GONZ. Tengo que hacerle un regalito: ¡Un bastón! Yo mismo se lo elegiré, y que le pasen la cuenta. ¡Ya vereis qué gracia le hace ésto!...

BEAT. Y búscame por la noche en casa de mi hermano.

GONZ. A la hora de cenar?

BEAT. Antes.

GONZ. Quieres decir: á tiempo. Estaré.

BEAT. (Despidiéndose.) Ea, hasta mañana, hijos míos.

PACO Adios, mamá.

GONZ. Como vosotros no saldreis por la noche, me llevaré el llavin.

MARTA No, no, eso no; lo dejaremos debajo de la puerta como es costumbre.

BEAT. Pero á qué hora vuelves tú? ¿No están éstos levantados cuando vienes?

GONZ. Sí, sí... ¡ya lo creo que están levantados!... Pero dormidos, todos dormidos.

BEAT. Como yo sepa que te dan las once en la calle...

GONZ. Te lo puedo jurar. En la calle, no. En la calle nunca estoy á esa hora: en casa, en casa.

PACO (Aparte.) No dice en cual.

BEAT. Bueno, quedad con Dios.

GONZ. Hasta luego.

PACO Hasta luego... (Salen Beatriz y Gonzalo por el foro.)

MARTA Hasta Siempre!

ESCENA VII

MARTA y PACO

PACO No puedes imaginarte cuánto te he agradecido la defensa que hiciste de Mercedes.

MARTA Tú sabes que la quiero tanto como tú, y que conozco la vida que llevaba al lado de tus padres. Era para ellos la sobrina ideal: una señorita, en la calle: una fregona. en casa. Y ella bregó con tus hermanos, con la friolera de siete, porque eso sí: tus padres no

tendrán dinero, pero, en cambio, en hijos lograron una buena colección.

PACO Sí, la infeliz Mercedes sufrió con todos y por todos.

MARTA Y lo que es más triste: llegó á pasar hambre... y se rindió. Pepe Calatrava, vuestro amigote, supo compadecerla á tiempo, y ella no dudó en seguirle.

PACO (Visiblemente emocionado.) No le quería.

MARTA (Con duda y extrañeza.) ¡No?... ¿No!...

PACO No.

MARTA Entonces?...

PACO El único que la defendía, quien la amparaba contra todos, desde qne éramos niños... fuí yo. Cuando abandoné aquella casa el día de nuestra boda, Mercedes lloró mucho... Te quiere y desea que seamos muy felices; pero ella no podía serlo sin... *tenernos* cerca.—Después... necesitaba cariño, quiso encontrarlo en Pepe, que la quería... Y se fué!

MARTA Como tú Pero tú conmigo...

PACO Y por irme pude parecer cobarde, que en mi casa había privaciones, y yo era el único que ganaba para evitarlas.

MARTA El único que trabajaba. ¿Por qué no trabaja tu padre?

PACO No ha trabajado nunca.

MARTA Eso es muy cómodo mientras, como hasta ahora, comió..., aunque fuera de casa, Pero si sigue viviendo así, dia llegará en que todos sus hijos, como tú, como Mercedes, escapen de su lado, que la virtud tiene un límite en el hambre, y el ayuno es mal consejero. Para tu casa fué larga la Cuaresma.

PACO Lo es. Pero mi madre ayuna por convicción. (Suena el timbre de la puerta de entrada.)

MARTA Y tu padre come, por convicción también. Podía trabajar para que tus hermanos se alimentasen con algo más que patatas y judías... de nuestra despensa.

ESCENA VIII

DICHOS, LOLA, y en seguida MERCEDES

LOLA (Por el foro.—Con alegre sorpresa.) Señorita... señorita...: ¡la señorita Mercedes!

PACO Mercedes?

LOLA Desea hablar á los señoritos. Así me ha dicho.

MARTA Mercedes? Que pase; que pase... (Saliendo á su encuentro.) ¡Mercedes!...

MERC. (Por el foro.—Viste sencillo traje oscuro, con mantilla.—Al entrar se detiene un momento avergonzada, y cuando ve que Marta le abre los brazos se echa en ellos.) Marta!.., ¡Marta!... ¡Cuántas ganas tenía de abrazaros!...

PACO Y nosotros á tí... con permiso de ésta.

MARTA Ven, siéntate, quítate la mantilla... Como siempre.

MERC. Como siempre, no. Antes entraba en vuestra casa alegre, feliz, orgullosa... Ahora, después de dos meses de ausencia, me avergüenza veros; pero me es preciso: yo necesito que me perdoneis.

MARTA (Con sincero cariño.) Mercedes!

PACO Cómo no perdonarte?

MERC. Vosotros sí. En vosotros ya confiaba: fuisteis los únicos que no os avergonzásteis de mí. Por vosotros vengo. Abajo estuve hace una hora, pero me dijo la portera que teníais aquí á vuestros padres, y excuso deciros si me alejé de prisa. Quería veros y hablaros á solas... Unos momentos nada más... Me marcharé enseguida.

MARTA Pero, chiquilla, por Dios!...

MERC. Esta mañana, ¿sabeis?, tuvimos la gran escena; la inevitable... Yo no la dí entonces importancia; pero bien veo que fué la decisiva. —El llegó á casa preocupado, muy preocupado, como deseoso de decirme algo importante... Me encontró preocupada tam-

bién, y triste, porque llevo unos días muy triste, más triste aún que antes de escapar con él...—Ya veis, ¡con lo alegre que yo era en otro tiempo!...—Apenas hablamos. Noté en él cierta impaciencia, y me atreví á decirle: «Pepe, ¿á qué esperas? Nuestra situación se va haciendo insostenible. ¡Déjame que me vaya!...».—Calló. Estaba pálido. Yo, sin valor para levantar mi vista á él, lo sentí mirarme conmovido... A punto estuve de pedirle que me perdonase. «Sí, tienes razón;—me contestó, al fin, lentamente como si sus palabras obedecieran premiosas á su pensamiento—es preciso que ésto concluya. Hoy mismo irás á casa de tus primos, y le dirás á Paco que necesito hablarle... que iré á verle...» Y aquí me teneis. El no puede tardar. Me dijo que vendría enseguida, porque creo que esta misma tarde se propone emprender un viaje...

PACO — Y he de recibir yo?

MERC. — Por mí.

PACO — Es que Pepe Calatrava no puede ser ya amigo mío...

MERC. — Aunque no lo sea. Recíbele y escúchale. Es menos culpable de lo que te figuras. Acaso la culpa es más mía que de él. (Suena el timbre de la puerta.) Ahí le tienes.

MARTA — Recíbele.

ESCENA IX

DICHOS, LOLA, y PEPE CALATRAVA

LOLA — (Por el foro.—Anunciando, con no menos sorpresa que antes.) El señorito Pepe!

PACO — Que pase.

(Pausa.)

CALAT. — (Por el foro.—Elegante, sin afectación.—Saludando, visiblemente molesto.) Marta... Paco... Os estrañará mi visita? Era necesaria. Te debo una

satisfacción, á tí antes que á nadie, ya que fuiste siempre mi mejor amigo, y vengo á dártela. Te sorprenderá.

FCO Sí, ¿por qué no decirtelo?; me sorprende. No creí que te decidieras. Y menos aquí.

CLAT. Aquí, precisamente, había de ser. Quiero hablarte de mi conducta y de mis propósitos.

FCO Ni aquella me incumbe, mi estos me interesan.

CLAT. De aquella serás juez, porque yo te lo ruego; y mis propósitos los escucharás porque interesan á tu familia. Se trata de Mercedes. Tú no has sido nunca como tus padres...

FCO No mezcles á mis padres en tus asuntos. Habla.

CLAT. En tu despacho. Con vuestro permiso.

FCO Pasa. (Salen por la derecha, primer término.)

ESCENA X

MARTA y MERCEDES

MERC. (Después de un momento de silencio.) Vendrá á pedirle que me tengais con vosotros.

MARTA Tú querrías?

MERC. Si el me abandonara...

MARTA Bah, por qué piensas en que pueda abandonarte? ¿No creiste que á su lado serías feliz? ¿No lo eres?

MERC. (Conmovida.) No.

MARTA. Entonces?...

MERC. Ni he de serlo nunca. No sé dónde está la felicidad.

MARTA. Quisiste conseguirla?

MERC Con la mayor ilusión: no la encontré. Acaso no existe.

MARTA. Ves? Tú quisiste amar y que te amasen, creyendo que la felicidad se encierra en el amor... Tal vez está en los que se resignan.

MERC. Tampoco. Tú sabes cómo me he resignado. Aquello no era vivir: por eso me rebelé.—

Frente á nuestra casa tenía la suya una *demimondaine* famosa; tú la conoces, como todo Madrid: Gloria Jordán. Desde nuestros balcones se veían los suyos. Su casa es espléndida, lujosa, elegantísima... Tiene por jardín un paraiso; caballos, coches, automóviles... En joyas, un tesoro...—Todos los días la expiaba, y sorprendía... Lo que en ella se ve: la mujer triunfante, por hermoso, por joven, por rica... (Transición.) Era yo más hermosa y más joven, ¡y era honrada! Más que ella valía. Pero á mí me amenazaban las privaciones, la miseria, el hambre... Y cuántas veces, aun sin querer, pensé: «Si yo quisiera, todo lo de esa mujer sería mío»... Lo es.—La tentación de otra vida que envidiaba, porque la mía era horrible, pudo más que mi virtud, y tuve cuanto anhelara para ser feliz. Todo... ¡menos serlo!... No soy feliz, Marta, no puedo ser feliz.

MARTA. Quién sabe, mujer.

MERC. No, no puedo, porque yo he querido serlo, arrostrándolo todo, de un solo golpe... Y así no lo conseguiremos nunca. La felicidad es una gran señora por la que es preciso hacer antesala.

ESCENA XI

DICHOS, y PACO con PEPE CALATRAVA

PACO (Extremadamente contento.) Enhorabuena para todos! (Cogiendo las manos de Mercedes, y estrechándolas con fuerza.) ¡Felicidades, chiquilla!

MERC. Pero, qué dices?

MARTA. Qué es eso?

PACO Es y digo.. (A su mujer.) que ahora mismo, sin esperarnos á comer siquiera, te vás á poner un sombrero, una mantilla, cualquier cosa... y vuelas, todo lo deprisa que te sea posible, á dar la noticia á Mamá. Yo se la

daré á Papá en casa de Tabladillo. Los dos viven cerca. Conque pronto, pronto...

MARTA. Calma, Paco, qué sucede?

CALAT. Nada. Que os debía una satisfacción á vosotros, y una reparación á Mercedes.. He venido á anunciaros mi firme propósito de casarme, cuanto antes, con Mercedes.

MERC. (Asombrada, y casi sin comprender.) Pepe!... ¿Tú?...

CALAT. Yo. No te asombres. También he de hablar contigo.

MARTA. Pepe, venga esa mano! Ahora soy yo la que tiene prisa. (Entrando un instante en su cuarto—segundo término, derecha—á ponerse un sombrero ó una mantilla.)

PACO A ver quién tiene más.

CALAT. Pero, hombre...

PACO Y vosotros esperadnos aquí. Hoy es día de fiesta. Comeremos todos juntos.

MARTA (Entrando.) No va á ser alegría la de tus padres. (A Pepe.) Os quedais de amos.

PACO Antes de cinco minutos estoy de vuelta.

MARTA Yo, antes de diez. Vamos, vamos... Hasta ahora. (Salen los dos por el foro.)

ESCENA XII

MERCEDES y PEPE CALATRAVA

CALAT. (Acercándose cariñoso á Mercedes, que, apesadumbrada se dejó caer en un sillón.) Estarás satisfecha... ¿Lloras?... ¿Por qué lloras?...

MARTA Porque eres demasiado bueno, y, sin quererlo, demasiado cruel. ¿Por qué no me digiste?

CALAT. Quería sorprenderte, y que antes se sorprendieran cuantos me acusaron. Esta tarde tengo que marchar á Sevilla, donde ya sabes que he de poner en orden mis asuntos, y deseaba que no te quedases sóla. Paco tiene ya mis instrucciones, y con ellos permanecerás hasta que nos casemos.

MARTA Pero tú has pensado todo lo que dices?

CALAT. Pensé... que nadie mejor que yo puede saber que eres digna de llamarte mi esposa.

MERC. Gracias, Pepe. No debía esperar menos de tí. Y sin embargo...

CALAT. Qué dudas?

MERC. Dudo... si te merezco. Ahora somos libres. ¿Por qué esclavizarnos?

CALAT. Porque te quiero.

MERC. Ya?

CALAT. Ya? Siempre.

MERC. Siempre... y no te casaste conmigo? (Pausa.) No pienses como disculparte. No me querías.

CALAT. Mercedes!

MERC. Ni me quieres. (Haciendo un ademán para que calle.) Perdona. Porque eres un caballero—demasiado caballero—te forjas la ilusión de que me ofreces cariño... para que así te sea menos doloroso el cumplimiento del que crees, tarde acaso, que es tu deber. —Y aunque me quisieras: ¿te quiero yo lo suficiente para llenar tu vida?

CALAT. Por qué viniste, entonces?...

MERC. Por qué me llamabas?...—Hablemos claro. A tí te cautivó la niña apenas mujer, la inocente que por tí dejaría de serlo... A mí me sedujo tu vida, la que podía disfrutar contigo, el amor que me brindabas... Pero ni yo he sido para tí la felicidad que soñaste, ni tú, creyendo quererme tanto, lo puedes ser para mí.

CALAT. Sí, Mercedes, podemos ser felices. No reniegues de nuestras mejores horas. Tu culpa, si alguien la vió en tí, borrada quedará casándome contigo. ¿Con quién mejor? A tí te enseñé yo á amar...

MERC. Y aprendí cómo se ama, y qué se ama. Y he aprendido más: sé que no siempre es amor lo que amamos; que tú y yo nos quisimos muy de prisa, y agotamos ya el cariño; que si nos separásemos no tardaríamos en olvidar uno y otro.

ALAT. Eres injusta. Acabo de ofrecerte un lazo que nos ate. Un nudo que nos una para siempre.

ERC. Pobre cariño el que precisa que lo aten! No insistas. No me caso.

ALAT. Pues conmigo es con quien puedes casarte.

ERC. Con cualquier otro no? ¡Cuánto convencionalismo! Y se casan con viudas...—No, tú no mereces sacrificarte así, ni yo lo consentiría.

ALAT. Es una reparación. Es una deuda mía. La pago...

ERC. Otro convencionalismo. Un lujo que te quieres permitir. Pero para que yo lo aceptase era necesario que te quisiera... como no te quiero: como no me quieres.

ALAT. Si eres honrada, qué te importa no quererme más?

ERC. Porque soy honrada, porque sabes que soy honrada, no quiero casarme contigo. Yo no creo que al solo conjuro de la palabra «matrimonio» surja el amor... Podría engañarte alguna vez. No lo dudes. Nos engañaríamos... como se engañan muchos matrimonios. El matrimonio no es inviolable.

ALAT. Es sagrado.

ERC. Para algunas mujeres. Y entre ellas para mí, que no me caso porque no te quiero lo bastante.

ALAT. Y no casándote, qué puedes hacer? ¿Profesar?...

ERC. No tengo vocación.

ALAT. Entonces?...

ERC. No lo sé. Quiero ser honrada. ¿Dónde?... Eso es lo difícil, porque mi familia no se avendrá conmigo. Les avergüenzo.

ALAT. Pues para que no les avergüences; ¡cásate!

ERC. A costa tuya. Para que llegue un día en que te arrepientas, y me eches en cara tu generosidad? No. Si hoy, libres, no somos felices, por el mero hecho de que nos casen no hemos de serlo.—Lo demás, ¿qué me

importa? ¿Que se avergüenzan de mí? ¿De cuántos no debiera de avergonzarme yo? Déjame, déjame... Yo agradezco de corazón tus caballerosos propósitos, y te suplico que me dejes.

CALAT. Sea. No puedo hacer más por tí. Acaso tengas razón. Esta misma tarde saldré en el expreso de Sevilla... Cuando vuelva te ofreceré por última vez lo que hoy rechazas.

MERC. Será inútil.—Y ahora vete.—Sentiría que te los encontrases, después de haberles dicho...

CALAT. Sí, me voy. Les pondré dos letras en el despacho. Es un momento. (Sale por la derecha, primer término.)

(Pausa.—Mercedes toca un timbre.)

ESCENA XIII

MERCEDES y LOLA

MERC. (A Lola que entra por el foro.) Cuando vengan los señoritos, les dice usted que no he podido esperarles: se me hace tarde.

LOLA Se lo diré señorita. Pero deben de estar al llegar. Aún no comieron... Espérese un poquito más la señorita. Lo sentirán si no la ven aquí.

MERC. No, no les espero. Dígales usted también que me voy á Sevilla con el señorito Pepe...

ESCENA XIV

MERCEDES y PEPE CALATRAVA

CALAT. (Que entra con una carta en la mano.) Eh? ¿A Sevilla? ¿Conmigo?...

(Lola se retira.)

MERC. Si me quieres llevar, qué menos puedo hacer por tí? Yo también quiero ser generosa. Viviré á tu lado hasta que te aburra ó te moleste.

CALAT. No, Mercedes. Conmigo, ya sabes cómo. ¿Quieres?

MERC. Libre.

CALAT. Quédate.—Nuestra casa, la que ha sido *nuestra casa*, es tuya sólo. Mañana recibirás la escritura.

MERC. No, Pepe; eso no

CALAT. Es el regalo de un amigo: el recuerdo de un amor. Si no la quieres conservar, ¡véndela! Es tuya. Y ésta carta, (Dándosela.) haces el favor de entregársela á Paco.

ESCENA XV

DICHOS y PAPÁ GONZALO con PACO

GONZ. (Por el foro.—Alegremente alborotado.) Dónde está, dónde está ese golfo?... (Abriendo los brazos á Mercedes, que no se mueve de su sitio.) ¡Sobrina!... ¡Gracias á Dios que puedo llamártelo! (Viendo que ella no le abraza.) Pero, qué es esto? ¿Vergüenza ahora? (A Pepe, que no sabe qué decir ni cómo marcharse.) ¿Tú también? ¡Vaya, á que va á resultar que el único que no tiene vergüenza soy yo?...

PACO. Papá!...

GONZ. Pero tú ves qué caras?

PACO. Qué os pasa?

GONZ. Mudos de emoción! ¿Y para esto perdí yo el banquete de Tabladillo? Vamos, Mercedes, levanta la vista; mírame: no soy tan feo...—Y tú, (A Pepe.) golfo, dame esa mano...

CALAT. (Dándosela.) Adios.

GONZ. Si no me marcho! ¡Si hoy como aquí!—Conste que no te he pedido más que la mano. Aquellos tiempos en que acudía á tu bolsillo se acabaron. Ya ajustaremos cuentas antes de emparentar.

CALAT. (Echándose mano á la cartera.) Le debo á usted veinte duros. No lo olvido.

GONZ. (Con ademán de no aceptarlos.) Yo sí. Recordarás que no quise cobrártelos nunca... Así siem-

pre me debes algo, y, debiéndome tú, no tiene importancia que te deba yo.

CALAT. Pero...

GONZ. Ya, ya sé que te debo yo mucho más; pero me debes. ¡Conste que también me debes!

CALAT. Bueno, pués con el permiso de ustedes, me retiro.

PACO Cómo que te retiras?...

GONZ. (Cogiendo á Pepe de un brazo.) Pero ven acá hombre de Dios. ¡Si hoy vamos á comer todos juntos!... ¡Si hoy eres tú el anfitrión!.. ¡Si convidas tú!...

CALAT. Tengo que marcharme. Mercedes les esplicará... Vaya, hasta la vista. Adios, Mercedes... (La tiende sus manos, que ella estrecha efusiva.)

GONZ. (Con la natural extrañeza.) Pero éste chico...

ESCENA XVI

DICHOS, y BEATRIZ con MARTA

BEAT. (Por el foro.—Llorando á lágrima viva.) Hijos de mi alma!... ¡Al fin, puedo abrazaros!... ¡Dejad, dejad que me desahogue!... (Y se abraza á Pepe, que llegaba á la puerta.)

GONZ. ¿Más aún?

BEAT. ¡Hijo mío!... ¡Perdona que como á un hijo te abrace!... ¡Mercedes es una hija para mí!...

CALAT. (Desasiéndose de ella.) Basta, señora, basta.

BEAT. No seas arisco!... Ven tú; hija mía, ven tú á mis brazos... (Mercedes sigue sin moverse, y Beatriz se arroja, implacable, á estrujarla.) ¡Con qué ganas te estrecho contra mi corazón!... Gracias Dios mío, gracias... ¡Bendito seas, que me los trajiste al buen camino!...

CALAT. Vaya, señores La escena se prolonga demasiado, y yo no puedo estar aquí más tiempo. Habla tú, Mercedes.

BEAT. Pasa algo? ¿Qué? Pronto, qué...

MARTA No lo entiendo.

PACO Ni yo.

MERC. Pues pasa... que Pepe se va de nuestro lado, porque no quiero casarme con él.

BEAT. } (Revelando cada uno la extrañeza que la noticia les produce.) { Eh?
GONZ. Cómo?
MARTA Qué?
PACO Qué dices?

MERC. Que ha venido para ofrecerme delante de vosotros su mano, y que yo no puedo aceptarla.

GONZ. Que no puedes?...

MERC. No puedo aceptarla... porque no le quiero.

PACO (Aparte.) No le quiere!

CALAT. Ya lo oyeron ustedes. No me quiere. Adios, pues... (Y estrechando fuertemente las manos á Mercedes, exclama apasionado:) ¡Adios, Mercedes!

MERC. (Soltándose y abrazándole, conmovida.) Adios Pepe!... Que seas muy feliz.

CALAT. (Conmovido también.) Que lo seamos!... ¡Adios!... (Y sale.)

(Pausa larga.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos PEPE

BEAT. Pero, tú estás loca? ¿Tú sabes lo que haces? ¿Tú te propones condenarnos á eterna vergüenza?

MERC. Hice lo que debía hacer. Yo no me caso á sabiendas de que no quiero á Pepe.

GONZ. Pues aunque solo fuera por nosotros, debiste casarte.

BEAT. Aunque te sacrificases... que no es gran sacrificio un matrimonio.

MERC. Por ustedes? Sí, acaso debiera sacrificarme alguna vez. Pero nunca sacrificaría á otro. Además, el matrimonio de Pepe conmigo no tiene ya razón de ser. Es tarde para los dos.

BEAT. Inmorales! Teneis abiertas las puertas de la moralidad, y no quereis entrar en ella.

MERC. Inmorales! ¡Nosotros inmorales!... Nuestra moral está en no ser morales por conveniencia, sinó por convicción. Y, en todo caso, siempre será más honroso vivir morales en la inmoralidad, que en la moralidad inmorales

BEAT. Calla, calla; me espantan tus palabras... ¡Pobres de nosotros! Vamos, vamos lejos; donde yo no te vea...

MERC. La que se va soy yo. (A Paco dándole la carta de Pepe.) Toma.

MARTA No, tú nó; aquí: con nosotros.

BEAT. Vosotros la amparais?

MARTA Es un deber levantar al caído. Vivirás con nosotros.

PACO (A Mercedes dándole un cheque.) Para tí. De Pepe. Veinte mil duros.

MERC. (Anonadada.) Veinte mil duros!

GONZ. (Con asombro codicioso.) Veinte mil duros?... ¡Es un caballero!

BEAT. Qué vergüenza!

GONZ. Una fortuna! No habrá quien me la ofrezca á mí.

BEAT. Y serás capaz de aceptarla?...

MERC. No lo sé. No quisiera saberlo... A él, que que me hizo desgraciada, le sobra... ¿Por qué no aceptarla? ¿Valía yo menos? Tener dinero es casi tanto como tener virtud. Podré permitirme el lujo de volver á ser honrada... ¡Los acepto! (A Marta y Paco.) Cobradlos. Quince mil para vosotros, que me brindásteis hospitalidad...

MARTA
PÁCO } Mercedes!...

MERC. Ese dinero es mío. Tomadlo. Y el resto, (A Beatriz y Gonzalo.) para ustedes.

BEAT. Para nosotros?...

MERC. Es mío también.

GONZ Cinco mil duros?... ¿Veinticinco mil pesetas?... ¿Cien mil reales?...

MERC. Para que no necesiten de sus hijos, y se eviten el avergonzarse viéndome con ellos.

AT. (Sin saber que decir.) Mercedes... Hija mía... Nosotros... no podemos aceptar... Nuestra delicadeza...

MERC. Cuando se padece hambre, estorban las delicadezas. Por el hambre se acepta todo... ¡Como yo lo acepté!

GONZ. Cinco mil duros! Has hecho un buen negocio. Te los devolveré duplicados por mi Banco de Préstamos... ¡Cuenta con diez mil!

AT. Pero, esto es moral?

GONZ. Qué importa? Es dinero .

MERC. Si no es moral, ¡perdón para los inmorales!

TELON

Playa de Carril.—Octubre de 1907.

DEL MISMO AUTOR

Eva.—Comedia en un acto y en prosa, original, estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Lara, de Madrid, el 3 de Mayo de 1906.

El Compañero de viaje.—Comedia en un acto y en prosa, original, estrenada también con extraordinario éxito en el mismo Teatro, el 25 de Febrero de 1907.

Precio: UNA peseta.